

RECUERDOS DE GÁDOR VÁZQUEZ MEGÍA (BERJA, 13-XII-1916)



Representando una obra del obispo Manuel Medina Olmos en el Colegio La Presentación. Berja, 1931. De izquierda a derecha, Consuelo González Lupión, María de la O Gutiérrez Navarrete, Anita Márquez, Rosita Basanta Moya, Pilar González, Luisa Socías Herrera, Adela Verde González, Pilar Basanta Moya, Encarna Torres Godoy, Encarna Márquez Rincón, Francisca Robles (con la guitarra), Fina y Paquita Morales Zaldivar.

Gádor Vázquez Megía (Berja, 13-XII-1916) escribe desde hace algunos años sus recuerdos, los tiempos ya lejanos de su infancia y adolescencia en Berja. A su extraordinaria memoria une la evocación de vivencias y situaciones, pero siempre cauta y sensible antepone la discreción y el respeto a las personas de hoy y de ayer, siempre vivas en la memoria. Gádor, que estudió Bachiller superior en el Colegio de D. Aquilino cuando la educación media no era habitual para las mujeres, no hubiera querido siquiera «salir en los papeles» y amablemente rechaza la publicación de cualquier fotografía personal que cree signo de vanidad. Pero estos son trozos de vida familiar, popular, cotidiana de un pueblo, casi una ciudad, hace ochenta años, frag-

mentos, impresiones, experiencias, situaciones que a ella pertenecen de pleno derecho y que merecen ser transmitidas en su sencillez y con sus palabras. Sabe, además, que sus recuerdos guardan un tesoro: las costumbres desaparecidas, las ceremonias, los modos de vida conforman un legado que podemos aceptar o no pero que nunca debemos despreciar o ignorar, pues a la simple curiosidad unen el interés casi etnográfico de algunas observaciones.



Estos son algunos apuntes sobre la vida y costumbres de Berja entre los años 1920 y 1940. Estos recuerdos se refieren especialmente a la zona en la que yo he vivido [el casco urbano, tradicionalmente conocido como *el pueblo* para diferenciarlo de los barrios], que es la que puedo describir con mayor certidumbre. Aunque hay aspectos y costumbres que fueron generales, creo que puede tener interés conocerlos o en su caso recordar estos usos y tradiciones.

LA AGRICULTURA DE EXPORTACIÓN

La parte alta del pueblo, desde la Plaza hasta la Fuente de Dos Caños, era la más pudiente, donde vivían los mayores propietarios y la gente de carrera, médicos, abogados, etc. La que se extiende desde la Fuente Toro, calle Zapatera (después Salvador Serra) hoy Goya, Plaza de la Libertad (hoy de la Constitución) calle del Agua, Manuel Salmerón y en parte de la Carrera de Granada eran las calles que constituían la parte más comercial. Esta parte era la más conocida por mí ya que nací en ella (calle Salvador Serra) viví desde el año 1916 hasta principios del año 1950.

Las zonas comprendidas entre los barrios y el centro, se dedicaban a la agricultura, principalmente a los parrales, que eran los que proporcionaban mayor riqueza, pero también se cultivaba trigo, cebada, maíz, habas, olivos, y en los secanos, había chumberas y almendros. Los frutales, naranjos, limoneros, ciruelas, membrillos, peras, manzanas y algunas palmeras se cultivaban en los huertos de las casas, que en Berja eran abundantes y se destinaban al consumo familiar, aunque también se vendían en el mercado o la Plaza de Abastos.

Los cereales, trigo y cebada, se segaban por el mes de junio y se trillaban en algunas eras que había en el pueblo. Era muy divertido montar en los trillos (tableros con cuchillas) que arrastraban una pareja de mulos, dando vueltas alrededor de la era, donde estaban tendidas las mieses. A caída de la tarde, se sacaban los mulos de la era, y se procedía al aventado. Esta operación consistía en coger cantidades del resultado de la trilla con grandes horquillas y echarlas al aire. El viento, depositaba en una parte de la era, el grano, y en otra la paja.

La recogida de la almendra se hacía, cuando se desprendía el capote o envoltura que lleva este fruto encima de la parte dura, o leñosa. Vareaban o golpeaban generalmente los hombres, y hacían

caer el fruto que recogían del suelo pandillas de mujeres. El fruto se llevaba a grandes habitaciones en donde se extendía en el suelo a fin de que desprendiera totalmente el capote. Esta operación la hacían también las mujeres y después la almendra se llevaba a los almacenes en donde se vendía, bien con cáscara o bien después de partida (en pepita), en este caso la cáscara se vendía por cuartillas y se utilizaba como combustible principalmente para los braseros en invierno.

El capote se vendía como alimento creo para las cabras, la cáscara como combustible (*cisco*), y la pepita en la industria, principalmente de dulces.

Yo he conocido en Berja tres almacenes que se dedicaban a este negocio, Tomás Saracho, en la calle de Manuel Salmerón, Andrés Pérez (*El Regalao*) en la calle del Teatro, y Antonio Vázquez en la Fuente del Toro, esquina a Salvador Serra.

LA UVA DE MESA

Respecto a las uvas, en el mes de mayo se hacía el engarpe, que consistía en atar manojos de flores machos a una caña, y frotar las flores hembra. Esta labor, la hacía generalmente personal femenino.

Después se hacía el sulfatado, por personal masculino que se ponían unas gafas especiales para que no llegara líquido a los ojos, ya que el sulfato de cobre que se empleaba era tóxico.

La uva llamada «de casta» creo que empezaba a cortarse por el mes de julio. Primero era una uva de grano pequeño, clarita, que se llamaba *roseti*, y por agosto se recogía la del cuerno, que era alargada y verde, la negra, que era de color oscuro y redonda, y la molinera, también redonda pero de color entre rojo y rosado, y por último la de Ragol que era rosada y clara.

La uva de embarque, verde y de grano gordo, se empezaba a cortar a primeros de septiembre y la campaña duraba hasta bien entrado diciembre, o a finales de noviembre. En enero se hacía la poda.

En la época de la recolección se movía bastante dinero y se ocupaba mucho personal. A veces había que traerlo de otros pueblos. En una faena o grupo de personas, había dos cortadores, por lo menos otros dos que acarreaban la uva cortada en espuestas de madera hasta donde estaba un grupo de mujeres, lo menos seis u ocho,

que se encargaban de quitar las uvas deficientes cortándolas con tijeras y echándolas en espuertas para la «granuja», que servía de alimento y engorde para los cerdos. La repasadora que se sentaba al lado de la maestra revisaba los racimos y la maestra los colocaba en los barriles. Ponía en el fondo una capa de serrín de corcho, y después capas alternas de uvas y serrín terminando con una de estas. A cada capa, le seguía un cierto traqueteo del barril, para que el serrín se fuera intercalando entre los racimos y así evitar su deterioro. Por último pasaban el barril a un hombre que los tapaba y les ponía la marca correspondiente, que se hacía con una pintura y un molde y en los últimos tiempos, en los años 30 con litografías. Yo recuerdo las de «LA MAJA» y «EL SOL» que eran las empleadas en las faenas de mi padre, que además de enviar las uvas en barriles, lo hacía en cajitas de madera. Luego se colocaban los envases con las uvas en un sitio determinado susceptible de acceso por parte de los camiones que las transportaban a Almería de donde salían hacia sus destinos en barco o en ferrocarril. A principios de los años 20 ese transporte a Almería se hacía en carros grandes con toldo y tirados por una recua de cuatro o cinco mulos. Creo que sobre los años 25, ya se hacía el transporte con camiones de los que me acuerdo había uno que se llamaba el camión de Pozo, que era muy ancho y siempre que pasaba cargado por la calle de la Zapatera (actualmente Goya) chocaba con los balcones de Pepe Rubí, causándole desperfectos.

Los carros o camiones que hacían el transporte de la uva, traían a Berja de retorno mercancías para el comercio y otras materias.

Los mercados en los años 20, eran principalmente Londres, Glasgow y otros que no recuerdo en las Islas Británicas, y los alemanes Hamburgo y Dulstedorf entre otros. Se vendían las uvas en subasta, y comunicaban los precios por medio de unos telegramas que entonces eran azules. Si el precio era superior a diez chelines, se consideraba bueno, y en caso contrario no era rentable.

Aunque parece ser que en los años 30 hubo cierta crisis en el comercio de las uvas, yo puedo atestiguar que en mi familia no se experimentó esa crisis, sino que fue muy buena época. Mi primo José Vázquez Vázquez en los mercados del norte de Europa, estuvo varios años vendiendo las uvas que mi padre preparaba y enviaba desde España. De aquellos tiempos recuerdo los mercados de Malmoe y Gotemborg en Suecia, Bergen y Oslo en Noruega, Katowice y otros en Polonia, los antiguos de Hamburgo y Dulstedorf en Alemania, y algunos

más cuyos nombres no recuerdo. Mi padre enviaba primero las uvas de su propia cosecha y sucesivamente iba comprando las de otros parraleros. Su encargado para hacer las compras y dirigir las «faenas» era Jerónimo Parrilla Céspedes, aunque el no dejaba de darse una vuelta para ver como marchaban, teniendo tres y cuatro «faenas» trabajando simultáneamente. Se llegaron a pagar más de 2.000 pesetas semanales en jornales, y teniendo en cuenta que las mujeres ganaban 1,50 o 1,75 y los hombres 4,50, excepto Jerónimo Parrilla que ganaba 10 pesetas, me da idea de que había una buena cantidad de personal trabajando durante los meses de septiembre a últimos de noviembre teniendo a veces que traer personal de Darrical, Lucainena y Laroles. Todo esto lo he vivido y puedo dar fe de ello, porque en algunas ocasiones concretamente en el año 36 he tenido que hacer yo misma los pagos, por tener que estar mi padre a consecuencia de la guerra.

Me duele, la ignorancia de estos conocimientos sobre la uva en aquella época, y que se mencione como descubiertos estos mercados en épocas posteriores, cuando en el mismo B.O. de la Cámara de Comercio de Almería, del año 40, reza mi padre como único exportador, según me han informado quienes lo han visto.

Otra de las cosas que se explotaban en Berja era los «Chirrines». Este comercio lo llevaba la familia Enciso, el padre y sus dos hijos, Fermín y Juan. Ponían grandes calderas, en donde los hombres llevaban creo que era el romero del cual sacaban un líquido, al que denominaban «aceite de chirrines» que exportaban fuera de España.

También después de la guerra tuvo un cierto auge el esparto. El personal lo traía de los montes, y con una especie de prensa se hacían grandes bultos llamados pacas que después se vendía a los almacenistas de Almería, entre los que recuerdo alguno apellidado Peregrin.

COSTUMBRES DE LA ALIMENTACIÓN

A la masa de harina se les daba forma de bollos, barras, roscas y panes. Estos eran de dos, uno y medio kilo, llamados panes, hogazas y libretas. También se hacían roscas de kilo y medio kilo e igualmente los bollos.

En Navidad y Semana Santa, se solía hacer estas piezas de pan de aceite, porque como no se amasaba se conservaba más tiempo; y a diario,

también se hacían pequeñas piezas de pan de aceite, que se empleaban preferentemente para desayunos y meriendas. Los precios del pan corriente eran de 1.20, 0.60, 0.30, aunque lógicamente variarían en alguna ocasión.

Todas las piezas se cocían en hornos que eran unas obras de forma esférica, huecas por dentro y que se cerraban con una plancha de metal. Estas se llenaban de leña, que generalmente traían del monte bien en caballerías o a espaldas, y después de prenderles fuego, se cerraba el horno, hasta que adquiría una determinada temperatura. Después se abría el horno, se limpiaba barriéndolo, y con una pala grande se metían las piezas de masa, y se tenían un determinado tiempo en el horno cerrado, hasta que estaban cocidas.

Entre las panaderías que yo conocí, estaban: la de Rosarico, en la Fuente Toro, la de Carlos en la calle Zapatera (hoy Goya) la de Juan Vaca en la Carrera de Granada, la de José Peña, y la de Arninicas en la calle del Agua y la de Aniceto por una calle que salía del Mercado de Abastos, también la de Casado en la Fuente de Dos Caños. Se vendía pan en otros sitios, pero estos no lo fabricaban. La primera que yo conocí y en donde aprendí los detalles de la fabricación del pan, fue la de mis abuelos en la Carrera de Granada.

En el mercado se vendían hortalizas, patatas, boniatos por la fiesta de Todos los Santos, y también castañas, batatas por Navidad, etc. en algunas casetas del Mercado. En otras que eran como pequeños comercios se vendían harina, arroz, embutidos, conservas, etc. otras que llamaban carnicerías vendían a diario carne de cabra y de cordero. Cuando algún domingo iban a vender carne de ternera, el sábado la paseaban por el pueblo, a fin de que el personal estuviera enterado y pudieran comprarla. Los puestos de carne y los propietarios que vendían generalmente eran gitanos. La matanza se hacía en el Matadero Municipal. Los pollos, conejos, y otros animales pequeños solían venderlos en la calle los mismos que los criaban en corrales o cortijos. Los cerdos sólo se vendían en invierno, en los puestos pues al no haber neveras ni frigoríficos, esta carne era más fácil de estropearse, a parte de que generalmente, era rara la casa en donde no hacían su propia matanza por el mes de diciembre, a partir del día de San Andrés (30 de noviembre).

El pescado, en mis primeros años, recuerdo que lo traían los pescadores en grandes canastas redondas, sobre sus cabezas desde Adra, pasando por la Alquería, Virgen del Carmen, Ventilla,

San Roque, Pago, Fuente Toro, calle Zapatera, Plaza Vieja, calle del Agua y Manuel Salmerón, hasta el mercado.

Iban vendiendo por el trayecto, y pesaban con pequeños pesos, con dos platillos, pero lógicamente también llegaría mercancía a la plaza, puesto que allí nos abastecíamos la gente del pueblo. Cuando aparecieron en Berja los primeros automóviles, el pescado se traía de Adra en pequeñas camionetas. Se consumía en Berja buen pescado y en abundancia: pescada, mero, cazón, salmonetes, boquerones, sardinas, etc.

LA COMIDA, USOS Y PECULIARIDADES

Los combustibles que se empleaban en aquella época, eran la leña de los montes para cocer el pan en los hornos. También se usaba, para prender el fuego en el uso doméstico. Se compraba para este menester en gavilla que eran pequeños haces, y para los hornos en grandes cargas que traían de los montes a veces en burros, a veces sobre las espaldas de hombres y mujeres.

Si la comida se hacía en el fuego (que eran unos grandes huecos, con chimenea casi a ras del suelo) el material empleado como combustible era la madera, los troncos de parra y la cáscara de almendra. Si la comida se hacía en las hornillas que eran huecos pequeños situados en alto, el combustible era el carbón vegetal, que producían los carboneros quemando troncos de árboles en hornos especiales en el campo y que luego se vendían en las carbonerías al detall, como asimismo las gavillas. La cáscara de almendra se vendía en los almacenes en donde se partían estas y también se empleaba en los braseros, que junto con los troncos que se quemaban en los fuegos constituían en aquellos tiempos la forma de calefacción en invierno.

La leche, la distribuían los pastores por la mañana, trayendo las cabras por las calles y ordeñándolas en la puerta de cada domicilio, en cuartillos, y medios cuartillos. Algunas personas tenían sus propias cabras que cuidaban los pastores, a cambio de la facilidad de poder llevar sus rebaños a pastar en las fincas del dueño de aquellas dos o tres cabras. Yo recuerdo a nuestro pastor que se llamaba Antonio Peneque y cuya familia y la de su hermano Pedro vivían en el Llanete de Villavieja, de donde procedían otros pastores, como asimismo entre mis conocidos, otros vivían en el Barrio

de San Roque. La leche de vaca sólo recuerdo que se vendiera después de la guerra y había que ir a buscarla a la calle de Pago.

Creo que era por el mes de abril cuando se hacían los quesos tanto de cabra como de oveja, como asimismo los requesones, y se vendían en los comercios y en la plaza (todas esas variedades que hoy se consumen eran desconocidas en Berja en aquellos tiempos). Después de la época de fabricación de los quesos se llevaban las ovejas a Sierra Nevada, a pasar el verano, y allí las esquilaban.

Generalmente la gente del campo tenía uno o dos cerdos que engordaban durante el año, aunque también había quien tenía alguna piara que un hombre llevaba a pastar a las propias fincas de sus propietarios. El mercado de los cerdos estaba en la Plaza de la Rambla de Julbina, y generalmente el día de San Andrés por los que no los habían criado, pues en estas fechas era cuando solían hacerse las matanzas.

No me parece oportuno describir como se sacrificaba el animal, pues para mi constituía un verdadero sufrimiento. Una vez muerto y pelado lo abrían en canal y lo colgaban hasta la noche en la que se procedía al despiece. En este día se procedía al lavado de las tripas, que se hacía con frecuencia en mi niñez en la fuente de Alcaudique, o mejor dicho en la acequia que salía de dicha fuente y pasaba por debajo de la carretera. Ese día, generalmente se comían migas, en cuya comida participaban todos los que habían hecho la matanza. El segundo día, se procedía a la fabricación de las morcillas, que se hacían con sangre, alguna grasa y cebolla y se cocían en grandes calderas de cobre. Ese día también se procedía a la selección de carnes y la preparación de la masa para las longanizas y chorizos, que se dejaban en grandes lebrillos para pasar la noche. Con las morcillas se hacía cocido de col para cenar, en el que también participaba el personal. También era costumbre mandar como obsequio, morcillas calientes a algunos parientes o amigos. El tercer día se llenaban los embutidos, se freían los lomos, costillas y papadas en trozos que también se habían dejado preparados la noche anterior en grandes orzas de barro, aliñadas con pimentón molido, ajo y orégano. Después de fritos se conservaban también en orzas, y se cubrían de aceite, para su consumo durante meses posteriores. También en este día, se comía la fritada de asadura, que se hacía con los hígados y pulmones troceados, que también se consumía en común y se enviaba como obsequio a personas, amigos y parientes.

LOS FESTEJOS, COSTUMBRES DE VIDA

En mi niñez, la Nochebuena íbamos a la Misa del Gallo, y después se comían los mantecados, roscos de vino, alfajores, etc. y una copita de anís. También se consumían mazapanes, especialmente unos que venían en cajas redondas de diferentes tamaños y tenían forma de serpiente enrollada, y en los huecos, había caramelos, peladillas, piñones, frutas confitadas, etc. No se consumían en Berja entonces los actuales tipos de turrónes. Por supuesto, tampoco se hacían los árboles de Navidad. En algunas casas ponían belenes, muy completos y con muchos detalles.

En estos días, se les daba el aguinaldo a los niños que íbamos en pandilla, por las calles, tocando zambombas, panderetas y cantando «Esta noche es Nochebuena... El aguinaldo sí me lo has de dar, que la noche es corta y hay mucho que andar», y al tocar en las puertas, nos daban dulces y algunas monedas de 5 o 10 céntimos. Igualmente visitábamos a los parientes que nos daban algunas monedas pero casi siempre eran de cobre, pocas veces caía alguna de plata (Las monedas que circulaban en aquellos tiempos era: de plata las de 5, 2, 1 y 0,50 pesetas. De cobre las de 10, 5, 2 y 1 céntimo. De papel 25, 50 y 100 pesetas).

En estos días de Navidad también salían pidiendo el aguinaldo «Los Tormentos» que eran unos cuantos hombres vestidos de negro y con estandartes (una especie de tuna) y que cantaba «Los tormentos que sufren las almas en el Purgatorio con mucha humildad».

Se celebraban tres días en Navidad y además Año Nuevo y Reyes y en estas fiestas había bailes populares cada día en uno u otro barrio, llamados doblones. Estos bailes eran «sueltos» algo así como la jota, sevillanas, etc. y se vestían las mujeres con trajes regionales. Después los hombres ofrecían dinero por dar el «abrazo» que consistía en poner el brazo del hombre sobre el de la mujer. El mejor «postor» tenía ese «derecho» por unos minutos. Los días de Navidad se hacían esos festejos en la Placeta que hay al lado de la fuente de Alcaudique, y en Año Nuevo y Reyes, se hacían en Benezí y en San Roque. La víspera de los Reyes nos acostaban a los niños temprano y nos levantaban al amanecer, para llevarnos al balcón donde los Reyes habían dejado los juguetes, y también dulces y golosinas. Aunque los Reyes fueran generosos, en ningún caso se daba el derecho que existe actualmente.

Después de las fiestas de Navidad, venían los Carnavales. En estos días, y el domingo de Piñata, se celebraban bailes en el Círculo Mercantil a los que asistía la gente más pudiente. Estos bailes eran generalmente con disfraces y caretas, y el domingo de Piñata, ponían colgado del techo varios regalos que iban sacando los concurrentes tirando de unas cintas.

Durante las tardes salían todo el que quería disfrazado con caretas, y se acercaban a parientes y conocidos diciendo «Adiós fulanito, que no me conoces, que torpe eres, que no me conoces...». Otros, sobre todo los niños se vestían de gitanas, toreros, etc. También salían las murgas, que eran grupos de personas que cantaban canciones relativas a cualquier hecho que ocurriera en aquellos tiempos. Yo recuerdo una en que salían vestidos con camisa y pantalones blancos y una faja y pañuelo al cuello negros y que cantaban «España, querida España, perdiste a Filipinas y a Melilla tu última hija, las vas conduciendo al mismo camino. Si llegaras a perderla tu desgracia sufriremos, y tu gloriosa bandera, de nuevo luto la vestiremos». Supongo que esto sería por el año 22, más o menos cuando el desastre de Annual.

Entre el domingo de Carnaval y el de Piñata, el miércoles de Ceniza, se celebraba «el entierro de la sardina». Un hombre que se llamaba Salvador «el de los Postemas» iba subido en una especie de trono, y llevado a hombros por algunas calles. Vestía con sábana o ropas blancas y el trono se adornaba con ramitas de olivo y otros árboles, y con un hisopo echaba agua a los concurrentes, creo que esto sería un anuncio de la Cuaresma.

LA ROMERÍA DE LA VIRGEN

Unas semanas después del domingo de Piñata, se celebraba la bajada de la Virgen de Gádor desde la Ermita hasta la Parroquia, en donde permanecía otras dos semanas. Salía de la Ermita alrededor de las 5 de la tarde, y la acompañaba mucha gente con velas encendidas. En esta procesión como en toda las de la Virgen, iban delante las camareras, con traje negro y mantilla (las camareras eran las encargadas de vestir a la Virgen, de preparar el altar y los cultos, de guardar las ropas, etc., y se renovaban cada año).

La imagen de la Virgen en sus andas de plata, iba escoltada por cuatro guardias civiles con uniformes de gala (traje negro con adornos rojos y galones dorados) y detrás iba el alcalde y el Ayunta-

miento en pleno, seguido de la banda de música, que cuando yo era pequeña, solían traer la de Cádiar, supongo que porque en Berja no la habría. A la llegada a la Plaza se disparaban bastantes cohetes, y después en la velada se quemaban los fuegos artificiales y tocaba la música en la Plaza. No se si fue el año 28 o el 29, que uno de los cohetes que salió de la calle de la Cárcel pasó por encima de la Iglesia, y cayó en la acera del Banco Central, matando a una mujer de las que estaban viendo la procesión.

Pasaba la Virgen dos semanas en Berja en un altar que preparaban las camareras y que entonces se ponía próximo a la puerta de la sacristía. El altar tenía un dosel rectangular de terciopelo rojo, y muchas flores y plantas que solían facilitar algunas personas de sus propias casas: palmeras, alpidistras, helechos, etc.

La gente iba a visitar a la Virgen cada noche, y se rezaba el Rosario y se cantaban algunas plegarias, pero la Novena, no empezaba hasta el viernes siguiente de la Bajada. Entonces eran los cultos solemnes, con predicadores que venían de fuera, con más cánticos, ya veces llevaban también para los cantos, algún barítono de Almería. En mi niñez, tocaba José Callejón hijo del sacristán que tenía el mismo nombre. A partir de 1930, tocaba una muchacha, solía cantar un coro, pero las plegarias más solemnes corrían a cargo de buenas voces, como María Faura, Piedad Lupión, Anita Martín y alguna más que no recuerdo. En esta ocasión fue cuando se estrenó el Himno a la Virgen de Gádor. Alguien facilitó a las religiosas de la Presentación la letra y fue Sor Trinidad la profesora de música del colegio quién escribió la música, y la persona que tocaba el órgano, quien lo interpretó por primera vez en la Iglesia. (Fue en los tiempos en que una de las camareras era Doña Asunción Moya de Basanta y me he olvidado de anotar que otra de las mejores voces era precisamente su hija Rosina).

El himno decía así:

*Acudid habitantes de Berja. Llena el alma de gozo y amor.
A cantar a la Virgen de Gádor, que en estos vergeles su trono fijó.
A los pies de una sierra bravía, se levanta católico altar de la Virgen de Gádor.
Expande de gracias sin cuento, perenne raudal.
Salve nuestro anhelo, salve nuestro bien.
Llévanos al cielo, Reina del Edén. Llévanos al cielo, Reina del Edén.*

El domingo siguiente de la bajada, que solía caer alrededor a la fiesta de San José, salía la Virgen en procesión con la imagen del citado Santo, y recorría el Puente de las Lozas, la calle del Agua, la calle Nueva, Paseo de Cervantes, la fuente de Dos Caños, la calle de Chiclana y la Placeta de la Iglesia. Subía por el *Riduto* y en el atrio de la Iglesia la volvían de cara al pueblo durante unos minutos en que tocaba la Marcha Real.

El viernes siguiente, la procesión era por la mañana y recorría las calles de Faura, Manuel Salmerón, calle del Agua, etc. y el sábado iba entre otros sitios por la Carrera de Granada, la calle del Alférez, la Fuente Toro, en la que le preparaban un altar llamado Descanso, y en que estaba unos minutos, y después subía por la calle de la Zapatera (Salvador Serra) hasta la Plaza y la Iglesia en donde igualmente como en las otras procesiones se volvía de cara al pueblo, y se tocaba la Marcha Real.

Por la noche de ese mismo sábado, se quemaban fuegos artificiales en la Fuente de Toro, y salía la imagen de la Virgen siguiendo el mismo itinerario que en la bajada, en sentido inverso. A la llegada al santuario, se disparaban cohetes, había castillo de fuegos artificiales y tocaba la música. También había puestos de buñuelos y churros, turrónes, garbanzos tostados y cacahuètes.

Dos semanas después, se celebraba la Semana Santa.

EL AÑO CRISTIANO

El Domingo de Ramos se hacía la procesión por la Iglesia y el atrio, con ramos de olivo y hojas de palmera. El Jueves Santo se celebraban los Oficios por la mañana, y quedaba el Señor en el Monumento, hasta la mañana del Viernes Santa, cuando se celebraban los Oficios. En la tarde del Jueves salía la procesión, con el Señor con la Cruz a cuestas, seguido de la Virgen Dolorosa, y de San Juan. En ambas procesiones iban tanto hombres como mujeres vestidos de luto, pero sin trajes de penitentes. Acompañaba, también el Ayuntamiento, la guardia civil de gala, y la banda de música. El Sábado Santo se celebraban los Oficios temprano, y se tocaba la Resurrección, circunstancia que mucha gente celebraba tirando tiros de foguero mientras las campanas repicaban Gloria. También en este día era costumbre hacer figuras humanas con ropas viejas y colgarlas en alto, para significar la muerte de Judas.

El Domingo de Pascua, salía una procesión pero era más bien de niños, pues la imagen era de un niño resucitado que tenía Doña Encarnación Zapata, una señora que vivía en la Placetilla de Torres, y que por cierto hacía en cualquier fecha, por encargo, unos panes de bizcocho muy buenos.

Otra costumbre que había en Semana Santa, era remontar cometas; aprovechando los vientos de marzo, subíamos al Cerro Plomo, por encima del Cerro Matadero y desde allí elevábamos las cometas al mismo tiempo que podíamos ver las procesiones salir de la Iglesia.

En estos días, que eran de abstinencia, era costumbre comer al mediodía del jueves, potaje de bacalao, en la noche del viernes, se comían migas de pan con chocolate, y el sábado de Gloria, que se llamaba entonces, se comían natillas, el domingo de Resurrección, se empezaban los jamones que procedentes de la matanza habían sido primero puestos en sal, y después colgados para que se secaran. Algunas familias, llevaban los trozos de jamón al campo, para comerlo con las habas tiernas que empezaban por entonces.

En el mes de abril, se celebraban las fiestas de San Tesifón quemando en algunos sitios, lo que teníamos viejo, y todo lo que se pudiera agregar. Con esto se hacían grandes hogueras (*humarrachos*) la víspera que algunos se atrevían a saltar. Yo recuerdo las que se hacían en la Placetilla de D. Salvador Serra y en la Placeta de la Iglesia.

La víspera de la fiesta de San Marcos, que era el día 25 de abril, se corría la estación por la calle de la Iglesia, Placeta de la misma, calle de la Torna, la del Teatro, la de Julbina, hasta que se llegaba al cruce de esta, con la Carrera de Granada, en donde había un descanso, y se compraban piezas de pan sin sal «pan de San Marcos». Después volvíamos a la Plaza de la Constitución, para volver a empezar la carrera por la calle de la Iglesia. Toda la noche era un incesante ir y venir, y de madrugada, solían hacerla, los pastores con sus cabras, los mulos y los burros. Luego, sobre las once o las doce de la mañana, salía la procesión en la que la imagen iba también adornada con roscas de pan sin levadura o sin sal.

El día del Corpus, salía la procesión con el Salmo en la Custodia y volvía a hacerlo el domingo siguiente, a esta segunda procesión se le llamaba de la Octava, aunque no era precisamente a los ocho días cuando salía. Salía el párroco, llevar la Custodia bajo palio, y como en las procesiones de la Virgen, también iba la guardia civil de gala, y el pleno del Ayuntamiento.

Del 30 de agosto al 8 de septiembre, se hacía la Novena a la Virgen de Gádor, en la Ermita, a donde acudía bastante gente. Para predicar esta novena, se traían predicadores de otros sitios, siendo el más conocido y el que con más entusiasmo predicaba, D. Francisco González, que era hijo de la misma población y estaba de Canónigo en Granada. El fue precisamente quien gestionó la venida de las Religiosas a la Ermita y la instalación del Convento, que entonces era mucho más modesto, ya que sólo tenía el edificio que da frente a la placeta. Antes de la venida de estas religiosas, sólo estaba la Ermita y una pequeña casa para el Capellán que fue D. Luis Frías.

Un buen trecho antes de llegar a la Ermita había álamos y adelfas a ambos lados del camino (aquella senda de álamos y adelfas que decía el poeta Manuel Salmerón). Esta senda el día de la procesión solemne de la Virgen, que era el 8 de septiembre, mucha gente la recorría descalza, e incluso de rodillas en petición de favores, o dando gracias por los ya recibidos. En la procesión había el correspondiente disparo de cohetes, y después el castillo de fuegos artificiales, con la presencia de abundante personal y el consumo de churros, turrónes y demás.

En los días que la Virgen pasaba en Berja se hacían algunos festejos, como corridas de cintas en bicicleta, partidos de fútbol, etc., y por la noche tocaba la música en el atrio de la Iglesia, las jóvenes paseábamos ida y vuelta por la plaza, y las mayores tomaban algún café. La feria se había suprimido creo que en 1913, y no volvió hasta 1940.

LAS TRADICIONES RELACIONADAS CON EL FALLECIMIENTO

Cuando había un enfermo grave, solían «llevarle al Señor». Salía de la Iglesia, generalmente de noche, una pequeña procesión que llevaban velas encendidas y detrás iba el sacerdote, con «roquete» blanco sobre la sotana, y llevaba al Señor en una cajita, sobre el pecho. A su lado, iban los acólitos tocando campanillas, para anunciar su paso y hombres portando faroles. Se abrían los balcones y se encendían las luces que había en los mismos mientras el personal de la casa nos arrodillábamos hasta que el Señor había pasado.

Generalmente se acompañaba la procesión con cánticos: «Cantemos al amor de los amores; cantemos al Señor...». En casa del enfermo se le administraban los Sacramentos de Penitencia

Eucarística y Extremaunción. En algunos casos esto mismo se hacía, de forma privada, para no impresionar al enfermo.

Los entierros eran de primera, segunda y tercera categoría, dependiendo de los medios económicos del difunto, de su voluntad manifestada o de la voluntad de sus herederos. En cualquier caso, los sacerdotes iban a la casa del difunto de donde salía el cadáver, después de haberlo velado durante 24 horas.

Rezaban un pequeño responso, y después salía el cadáver acompañado de sus familiares, seguido del estandarte negro, y de los sacerdotes, y el sacristán. Después del féretro iban los familiares y todo el personal que quería acompañarlo, pero sólo hombres, las mujeres se quedaban en casa. El duelo solía despedirse en el Paseo de Faura, hasta donde solía llevarse el cadáver a hombros, y en donde era pasado al coche que lo llevaba al cementerio.

Al entierro de la primera categoría, iban todos los sacerdotes y el sacristán cantando responsos, el ataúd era de caoba, y el coche de caballos era como una urna toda de cristales, con cuatro ángeles blancos en las esquinas. Este coche era el que iba a los entierros de las personas más pudientes, y solía ir seguido por varios automóviles que llevaban los más allegados a acompañar el cadáver hasta el cementerio.

Al entierro de segunda categoría iban menos sacerdotes, el ataúd era de madera forrada de tela negra, y el coche mortuario era «el de cortinillas», que era descubierto y con unas pequeñas cortinas negras desde el techo. El de tercera categoría tenía el ataúd de madera pintada de negro, el coche sin adorno alguno e iba un solo sacerdote. Naturalmente en estos no iba ninguna corona, ni siquiera una flor, los de segunda llevaban por lo menos una corona, y lógicamente los de primera llevaban más.

Los de primera solían depositar el cadáver en nichos (algunos en panteones particulares). Los de segunda en nichos, y los de tercera directamente al suelo. De igual modo, a los de primera se les hacía un funeral con catafalco, a veces de cuerpo presente, otras a los nueve días. A los de segunda un funeral menos ostentoso, ya los de tercera posiblemente sólo les dirían la Misa, sencillamente.

Durante nueve días, se recibía el pésame. Las amistades iban un rato a acompañar a los familiares, y según el parentesco, se guardaba luto durante más o menos tiempo. Este luto, consistía en no salir a la calle, tener cerrada las ventanas

que daban al exterior, no tocar música, ni hacer grandes ruidos y vestir de negro durante un tiempo determinado según el grado de parentesco. El luto de padres y esposos, duraba cuatro años, uno de ellos con la cabeza cubierta con gasa o pañuelo, y manto que era una especie de gasa que cubría todo el cuerpo, luego se aliviaba poniéndose medio manto que era una especie de chal, y después la gasa que cubría sólo la cabeza, hasta que llegaba el tiempo de ir con la cabeza descubierta. El tiempo de luto de un hermano, era de dos años, y el de los abuelos, un año, y el de los tíos seis meses.

También quiero recordar que durante el tiempo que el cadáver permanecía en casa, tocaban las campanas (doblaban) con mayor o menor interva-

lo en intensidad, según la categoría fuese de primera, segunda o tercera.

Otros toques de campanas, era a Misa, que en los días de fiesta eran tres, antes de cada Misa, en las procesiones, que eran repiques y el de ángelus, por la mañana, al mediodía ya la tarde. Por la noche, a las ocho, daban un toque tristón, que era el de Ánimas. También tocaban «a fuego» y «a rebato» en casos de incendios u otras desgracias.

He intentado, al tiempo que revivir mis recuerdos, dar una idea de cómo era la vida en Berja en aquellos tiempos. Aunque no sé si lo he logrado, creo que pueden ser de utilidad estos apuntes para comprender aquella época tan diferente a la actual.